



Cervantes*

Manuel Durán

Introducción y traducción al español de

Andrés Lema-Hincapié

University of Colorado Denver

Andres.Lema-Hincapie@ucdenver.edu

Introducción:

El traductor enfrenta obstáculos de muy diversa naturaleza. Traducir no es únicamente “decir *casi* lo mismo”—para repetir con énfasis el título tan justo del libro de Umberto Eco. Además de las dificultades que resuenan en el pretendidamente inocuo adverbio “casi”, para toda traducción hay condiciones supuestas y no lingüísticas. Esas condiciones apuntan a realidades ajenas a la práctica misma de la traducción.

Los dos capítulos del Profesor Manuel Durán, que ahora aparecen por fin y por primera vez en castellano, “casi” no ven la fortuna de las letras públicas y de molde. Traduje estos dos capítulos animado por la cervantista colombo-americana María Antonia Garcés. La Profesora Garcés, de Cornell University, dictaba un curso en Cali sobre Cervantes. Para su curso, ella no disponía de una sencilla y bien escrita introducción a la vida y a la época del autor de *Don Quijote*. Ella me contactó, entonces, y me pidió que tradujera para sus estudiantes esos dos capítulos del gran cervantista español de Yale University, Manuel Durán. Hoy aparece la traducción castellana del capítulo cuyo título original es “Cervantes’ Harassed and Vagabond Life”.

Con provecho, mis traducciones fueron utilizadas por los estudiantes de la Profesora Garcés. Luego pensé que sería bueno publicarlas, para que tuvieran un impacto mayor y más duradero. Y ahí empezó un largo calvario de emails y de más emails con el fin de conseguir la autorización de estas traducciones. Dos consorcios editoriales de USA parecían tener los derechos sobre estas páginas de Manuel Durán. Ni los buenos oficios de otra gran cervantista, la Profesora Diana de Armas Wilson, de la University of Denver, sirvieron. Un primer consorcio editorial aseguraba que era el otro consorcio el derechohabiente de esos derechos. Y, a su turno, el segundo consorcio afirmaba lo mismo del primero. Por último, la bibliotecaria Nikki McCaslin me sugirió contactar directamente al autor y ella misma incluso consiguió la dirección postal del Profesor Durán. Así, luego de muchos meses, la despiadada burocracia editorial fue conjurada por

* Publicado con autorización del autor.

la agilísima y gentil y positiva respuesta del autor. Manuel Durán, generosamente, me autorizó a publicar esta traducción castellana de sus páginas.

Como fundador y director de *Babel* y de *Lenguas de Fuegos*, dos centros de traducción en la Universidad del Valle (Colombia) y en la University of Colorado Denver, respectivamente, siempre prevengo a mis traductores jóvenes: “No basta con traducir”, les comunico. En el oficio culturalmente necesario y “casi” invisible del traductor, éste también debe estar preparado para *luchar por sus traducciones*. La lucha por encontrar *le mot juste* es menos extenuante y quizás menos descorazonadora que la lucha por hacer de cada traducción un bien, común y público, de la cultura.

Cervantes: Su vida asediada y vagabunda*

Podemos pensar en muchos grandes escritores cuyas vidas han dejado en sus obras únicamente unas pocas huellas. Éste no es el caso de Cervantes: su biografía proyecta luz sobre sus obras maestras. Raras veces fue Cervantes un observador frío y alejado de su propio mundo. Como testigo, y ocasionalmente como juez de lo que contempló, su presencia es discreta, y, sin embargo, esa presencia es también innegable. Cervantes hizo un buen uso de su experiencia: fue tan lejos que se incluyó a sí mismo, como un personaje menor, en varias de sus obras—de modo muy semejante como en sus propias películas aparece fugazmente Alfred Hitchcock, uno de nuestros directores de cine en Norteamérica. La presencia de Cervantes es discreta, aunque insistente: él no negará ni traicionará su propia personalidad. El autor nos pide que tengamos en cuenta esa presencia cuando leemos sus obras. Orgullo y humildad van de la mano en Cervantes, los que le ayudan a convertirse en un buen testigo de su tiempo—y, por supuesto, en un buen testigo de la condición humana a lo largo y a lo ancho de todas las épocas.

Cervantes nació en 1547, en Alcalá de Henares, una pequeña ciudad universitaria no lejos de Madrid. Es probable que su nacimiento haya tenido lugar el 29 de septiembre, día de San Miguel Arcángel. Era frecuente la costumbre de asignarles a los niños el nombre del santo que, según el calendario católico, correspondía al día de nacimiento

* El original inglés de estas páginas apareció bajo el título “Cervantes’ Harassed and Vagabond Life”, en: Manuel Durán, *Cervantes*. New York: Twayne, pp. 21-30. La siguiente e inteligente nota del editor, en la edición de W.W. Norton, abre así las páginas de la pequeña biografía de Manuel Durán: “La vida de Cervantes ha sido objeto de un intenso estudio desde principios del siglo XVIII, cuando los españoles empezaron a reconocer a Cervantes como el más grande de sus escritores ‘clásicos’ en prosa. Sin embargo, durante su propio tiempo, Cervantes no fue alguien importante, ni siquiera en los círculos literarios, y su biografía está cargada de vacíos. Particularmente, estos vacíos fueron el tormento de los historiadores del siglo XIX, quienes virtualmente hicieron que cada posible fuente de información ofreciera un pequeño aspecto de los hechos. Necesariamente, hay mucho de reconstrucción imaginaria en la vida de Cervantes, en la interpretación de sus dificultades financieras y legales, en su inestable vida familiar, en sus imprecisos ancestros, etc. El lector habrá de notar cuán a menudo el Profesor Durán, a partir de muy escasa evidencia, debe deducir hechos sobre la vida de Cervantes.” Miguel de Cervantes. *Don Quixote: The Ormsby Translation, Revised Backgrounds and Sources Criticism*. Eds. Joseph R. Jones and Kenneth Douglas. New York; London: W. W. Norton, 1981, p. 833.

del bebé. Cervantes fue bautizado el 9 de octubre, un domingo, en la Basílica de Santa María la Mayor.

Su padre, Rodrigo de Cervantes, era un hidalgo sin fortuna. Llegó a ser cirujano práctico, luego de pocos meses de apresurados estudios en la Universidad de Alcalá. En Alcalá, Rodrigo hizo excelentes amigos entre los miembros de la facultad de medicina. En 1543, poco después de haber obtenido su grado, Rodrigo se habría de casar con una joven muchacha nacida en Barajas, Leonor de Cortinas—ella también de la alta burguesía y también sin fortuna. Rodrigo y Leonor tuvieron siete hijos, de los cuales, salvo los dos últimos, nacieron en Alcalá de Henares.

Nada se sabe sobre los primeros años de la vida de Cervantes, únicamente que su familia muy a menudo se mudaba de un sitio a otro. Miguel solamente tenía tres años y medio cuando su familia decidió abandonar Alcalá de Henares. La familia pasaba por un período de muchas dificultades, pues eran realmente escasos los ingresos de Rodrigo. Con nueve bocas para alimentar, y con un ingreso escaso o inexistente, la familia se trasladó a Valladolid. Las deudas, de todos modos, iban acumulándose. Incluso el padre de Miguel estuvo en prisión por algunos meses. En 1553 encontramos a la familia instalada en Córdoba. Córdoba, por ese entonces, era sólo una sombra de la gran ciudad que había sido, una sombra de su pasado opulento bajo el dominio de los moros. No obstante, algo de su pasado fascinante hubo de perdurar en la ciudad. Cervantes, con siete años cuando su familia se instaló en Córdoba, fue a la escuela primaria, donde adquiere conocimientos académicos muy básicos. Es bastante probable que esta escuela fuera la del Padre Alonso de Vieras. Más tarde, en 1555, en el Colegio de Santa Catalina regentado por los Jesuitas, Miguel quizás comenzó con el estudio del latín. Ahora bien, el año de 1557 hubo de ser un mal año para Cervantes y para su familia, ya que las deudas no dejaban de acosarlos. Desde esa fecha, hasta su reaparición en 1564 en Sevilla, no se tiene ningún rastro ni de Rodrigo, ni de su familia. Por ese entonces, Miguel era un bello joven de diecisiete años y seguramente disfrutó de la vida de Sevilla, una ciudad que pronto y repentinamente habría de convertirse en una próspera ciudad.

También, probablemente en el Colegio de los Jesuitas de Sevilla, Cervantes continuó con sus estudios. Mucho más tarde, Berganza, uno de los perrunos personajes del *Coloquio de los perros*, habría de afirmar:

Luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud con que aquellos benditos padres y maestros [los Jesuitas de Sevilla] enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que justamente con las letras les mostraban. Consideraba como los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaba con cordura. (*Novelas ejemplares*, II, pp. 316)¹

¹ Miguel de Cervantes. *El coloquio de los perros*, en *Novelas ejemplares*. 2 vols. ed. Harry Sieber. Madrid: Cátedra, 2001. Vol. II, pp. 207-359.

A lo que responde Cipión, el perro sabio:

Yo he oído decir de esa bendita gente [de los Jesuitas] que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza. (*Coloquio de los perros, Novelas ejemplares*, II, pp. 316).

Y algunas líneas más adelante, Cervantes habría de describir de este modo lo agradable de la vida estudiantil:

Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre, y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y el hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de ms gusto y pasatiempo, corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose (*Coloquio de los perros, Novelas ejemplares*, II, pp. 317).

A Miguel le encantaba leer: Era un lector voraz, y debemos suponer que para él ya había comenzado su interminable y amorosa aventura con la literatura. El teatro lo fascinaba: para él hubo de ser un glorioso día aquél cuando Lope de Rueda, famoso actor y escritor de piezas teatrales, vino a Sevilla e hizo allí varias presentaciones—los famosos *pasos* escritos por Lope de Rueda, piezas de un solo acto o piezas preliminares (*curtain raisers*), y que le resultan al lector moderno aún frescas y divertidas. La visita de Lope de Rueda tuvo lugar en 1564. Cervantes recuerda aquel feliz día en el “Prólogo” escrito por él para *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* (1613), una antología de sus propias comedias. Considera allí el teatro en general, y, además, comparte recuerdos de infancia sobre algunos de sus amigos: “Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fue natural de Sevilla y de oficio batihoja [cirujano empírico], que quiere decir los que hacen panes de oro; fue admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja”.²

Una vez más, la mala suerte asedió a la familia de Cervantes. Un tal Rodrigo de Cháves instauró un proceso en contra de Rodrigo, el padre de Miguel, y los bienes de éste fueron secuestrados. En 1566 la familia se mudó a Madrid. Miguel tenía por ese entonces veinte años. Muy seguramente su educación continuó en esta ciudad, con tutores privados y en la Escuela Pública de Madrid bajo la dirección de López de Hoyos, un hombre de cultura. Como seguidor de Erasmo de Rotterdam, López de Hoyos pudo haber inculcado en su joven alumno algunas de las ideas progresistas y liberales del sabio neerlandés. La cultura de Cervantes se volvía así cada vez más amplia y cada vez más sólida. Sin embargo, según lo anota Richard L. Predmore en su

² Miguel de Cervantes. *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados*, en Miguel de Cervantes. *Obra completa*. Ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. 18 volúmenes. Madrid: Alianza, 1998, Vol. XVI, p. 10.

biografía, “el estimativo más generoso que autorizan los hechos dice que Cervantes no pudo haber gozado de más de seis años de educación escolar formal. Para la mayoría de las personas, este corto lapso de estudio podría no haber creado una base suficiente para la amplísima y visible cultura literaria que Miguel revelaría en sus últimos escritos. En ellos, él muestra un conocimiento apropiado de eminentes autores latinos y de algunos rudimentos de literatura griega, una estrecha familiaridad con los grandes autores del Renacimiento italiano, así como una gran proximidad con la literatura renacentista. Esto es de esperarse por parte de un muchacho con profundas inclinaciones literarias. El latín y la literatura que conoció le vienen seguramente de sus años de colegio. Sus demás conocimientos deben haber sido el resultado de sus propias lecturas. Los cinco años que pronto habría de pasar en Italia contribuyeron decisivamente en su educación posterior y dan razón de sus amplias lecturas en literatura italiana”.³

A los veinte años Cervantes tenía un espíritu nómada, gestado en la adolescencia, y esto debido quizás a sus frecuentes viajes por España. Él sentía también un deseo profundo de conocimiento y de libertad. Sin duda, todo esto influyó en su decisión de ir a Italia, un país que por aquel entonces era la meca de todos los amantes de la cultura y de la vida en libertad. Sin embargo, su viaje a Italia pudo también haber sido el resultado de intenciones menos elevadas: se ha sugerido que en ese momento Cervantes huía de conflictos con la ley. Porque en la Oficina General de Registro de Simancas existe un documento, con fecha de septiembre de 1569, que comienza así: “Para que vn alguaçil vaya a prender a miguel de Cervantes.—Sin derechos de officio.—Secretario Pradedá. [Motivo] Crimen.” Según este documento, Cervantes habría apuñaleado en Madrid a un tal Antonio de Segura, después de un reto a duelo. Nadie sabe con certeza si el Miguel de Cervantes aludido en esas páginas es *nuestro* Miguel de Cervantes. El biógrafo Luis Astrana Marín, en sus seis eruditos volúmenes sobre la vida de Cervantes, piensa que sí se trata del Cervantes escritor. Para apoyar su aseveración, Astrana Marín cita un verso del *Viaje al Parnaso* donde el autor confiesa “una imprudencia juvenil”, la que asimismo estaría en el origen de sus últimos infortunios. No es del todo claro por qué deberíamos poner excesiva atención a esto—sea o no sea ella una acusación verdadera en contra de nuestro escritor. Si es verdadera, aunque concluyamos que Cervantes era culpable, se trataría tan sólo de confirmar el veredicto de un proceso más, o mejor de una acusación más, entre muchos de los procesos y entre muchas de las acusaciones que el autor sobrellevó a lo largo de su vida. Por último, “no sería difamar al autor admitir que, llegada la ocasión, Cervantes echó mano con presteza de su espada. Un caballero de aquel tiempo no salía de casa sin ponerse la espada al cinto, porque esta arma no era simplemente un artículo ornamental”.⁴

³ Richard L. Predmore. *Cervantes*. New York: Dodd, Mead and Co., 1973, p. 49.

⁴ *Cervantes: His Life, his Times, his Works*. Created by the Editors of Arnoldo Mondadori. Traducción del italiano de Salvator Attanasio. Antología de Thomas G. Bergin. New York: American Heritage Press, 1970, p. 25.

Hacia 1569, encontramos a Cervantes en Italia, donde se dedica a viajar en calidad de miembro del séquito del Cardenal Acquaviva. Al poco tiempo después, Cervantes se enlista en la marina española y, como soldado, es enviado al mar. En 1571, pelea con heroísmo bajo el mando de Don Juan de Austria en la batalla marítima de Lepanto, donde fue herido dos veces: una de esas heridas paralizaría su mano izquierda. Más tarde, Cervantes participó en otras campañas militares, en especial en los asaltos intermitentes contra Túnez y contra la fortaleza cercana de La Goleta. Con su hermano Rodrigo, en 1575 Cervantes se embarca para España desde Italia. Llevaba consigo elogiosas cartas de recomendación escritas por sus superiores. La galera donde viajaba Cervantes fue tomada por piratas turcos y, de esta manera, empezaron para él cinco años de cautiverio en calidad de esclavo de su captor, el renegado griego Dali Mamí. Al final de este período, y luego de varios intentos fallidos de escape, los monjes Trinitarios pagaron por el rescate de Cervantes, y esto hizo posible que él pudiese regresar a España. Cervantes había pasado, entonces, algo así como doce años fuera de España, es decir, entre sus veinte y sus treinta tres años de edad—años que sin duda son decisivos en la vida de cualquier hombre. Enriquecido por su experiencia, Cervantes regresaba España; había sido calmada parcialmente su sed de aventuras; y él ansiaba estabilidad, una carrera, así como alguna forma de éxito estable. No obstante, el éxito habría de mostrársele esquivo.

A su regreso a España en 1580, diversas y desagradables experiencias todavía lo esperaban. Cervantes pronto se dio cuenta de que no tenía ninguna esperanza de obtener algún tipo de reconocimiento por sus servicios castrenses. Una carrera militar parecía del todo imposible, porque uno de sus brazos estaba inutilizado. Empezó así una lucha sin fin en contra de la pobreza y en contra del desamparo. Primero Cervantes vivió en Madrid, y luego, por un corto tiempo, se trasladó a Portugal. Cervantes mismo nunca encontraba un lugar donde echar raíces. Casi en razón de su desesperación, se hace escritor: ¿qué otra cosa más le quedaba? ¿De qué otra manera podría ganarse la vida? Cervantes empezó a escribir por amor a la literatura, pero también, muy probablemente, en razón de su desesperación, confiando en encontrar una fuente de ingreso económico en su carrera literaria. Es así, de este modo, y aunque al principio sus escritos no fueron exitosos, Cervantes fue desde sus inicios un escritor profesional. Para el momento, los géneros más populares eran la novela pastoril y el teatro: ensayó con ambos, aun cuando sin conseguir mayor beneficio.

Una muy breve historia de amor lo convirtió en padre, y, así, una hija legítima, Isabel de Saavedra, fue la consecuencia de su historia amorosa. En 1584 Cervantes desposó a Catalina de Salazar, una mujer algo menor que él, y todo indica que en este matrimonio Cervantes no encontró ninguna felicidad. En Esquivias, un poblado de La Mancha y donde su esposa tenía un pedazo de tierra, vivió Cervantes por un corto tiempo. El corazón de una España árida, era ésa una tierra pobre casi imposible de idealizar, cuyos habitantes eran ignorantes y conservadores. Sería a partir de los recuerdos de su vida en La Mancha, con los que luego Cervantes habría de crear no únicamente a don Quijote sino también el espacio vital de ese personaje. Después,

Cervantes ejerció trabajos humildes, pues el ejercicio de la literatura no se mostraba como el medio más adecuado para suministrarle las fuentes necesarias de su subsistencia. Llegó entonces a convertirse en recaudador de provisiones para la Armada Invencible: a lo largo de diez años, Cervantes fue un comprador oficial itinerante que vivió en Sevilla y en otros pueblos de Andalucía. Para la época, se había separado de su esposa, a quien nunca mencionó en sus obras. En 1597, debido a la bancarrota de un financiero a quien él había entregado algunos fondos estatales, Cervantes fue encarcelado en Sevilla. Fue durante estos años cuando el escritor habría de frecuentar a personas de las clases más bajas, incluso el hampa sevillana. Parece obvio que esta gente le pareciera Cervantes mucho más extrovertida y más decente que los individuos de las clases media y alta con quienes previamente se había relacionado. Tampoco perdió la ocasión para estudiar directamente las miles de formas de la vida picaresca, ya que a la sazón Sevilla era la capital de los pícaros. La ciudad no solo iba creciendo con rapidez, sino que además se había ido convirtiendo en el centro económico de España, y tenía el principal puerto español de donde zarpaban y donde fondeaban las flotas de ultramar. Desde Sevilla, el oro y la plata se derramaban sobre España. Y, asimismo, la industria florecía. El veloz crecimiento y el cambio veloz, junto con una población flotante, minimizaban las dificultades sociales. Es en Sevilla donde Cervantes debió de haber conocido al personaje real de Monipodio, quien fuera algo así como un jovial y humanitario Al Capone del Siglo de Oro.

Ahora era otra España la que también atraía la atención de Cervantes, una España menos glamorosa que la Sevilla cortesana. Cervantes contempló, entonces, con cuidado, la vida de los pueblos de Andalucía, al igual que las rutas barridas por el viento, unas rutas agotadas por el sol que conectaban esos mismos pueblos. Cervantes llegó a conocer muy bien ese escenario: los pobres albergues, los artesanos y los pastores errantes, los largos convoyes de mulas, y los campesinos humildes y no obstante orgullosos. Esta sería otra hebra más en el enorme tapiz de la época y que se desenrollaba delante de sus propios ojos. Cervantes llegó a ser un perfecto testigo que observaba cada detalle, que registraba el delicado balance en la interacción constante entre los seres humanos, y que tomaba notas mentales de sus pecados veniales y de sus momentos de felicidad.

La vida nunca fue aburrida para él. Ahora bien, Cervantes siempre estuvo al borde de la bancarrota: no fue un hombre de negocios; los registros contables de sus libros de cuentas nunca fueron precisos; y las retribuciones financieras por sus trabajos fueron más bien escasas. Por esta razón, no es sorprendente que en 1590 Cervantes solicitara ser asignado a una posición en las colonias españolas de ultramar. Sus esperanzas cayeron en el fracaso: una administración desagradecida rechazó la solicitud de Cervantes. Es probable que sus problemas legales hayan persuadido a los burócratas de que básicamente él era una persona indigna de confianza. Cervantes presentó su caso del siguiente modo: “Señor: Miguel de Cervantes afirma que ha servido a Vuestra Majestad por muchos años, en campañas marítimas y terrestres que tuvieron lugar durante los últimos 22 años, particularmente en la Batalla Naval [de Lepanto] donde sufrió muchas

heridas, entre las que está la pérdida de su mano a causa de un fuego cruzado ... él continuó sirviendo a la Armada en Sevilla bajo las órdenes de Antonio de Guevara, tal como está registrado en los testimonios en posesión del susodicho Cervantes. Durante todos estos años él no ha recibido ningún tipo de merced. Con la mayor humildad de que él dispone, él pide y ruega por el favor de una posición en América, una de las tres o cuatro vacantes, es decir, la de oficial contable en el Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o en cargo de contador naviero en Cartagena, o el de corregidor en la ciudad de La Paz ...”.⁵ Tal como Richard Predmore anota, “parece que a la hora de conseguir un trabajo, la influencia y el dinero triunfaban más que el mérito. El 6 junio de 1590, un oficial del Consejo de Indias garabateó estas palabras en la parte de atrás del memorial de Cervantes: “Hágasele mirar más bien a este lado de las aguas en lugar de concedérsele ningún tipo de privilegio.’ Acaso el lector comprensivo se consolará con el proverbio según el cual los vientos del infortunio nada de bueno pueden traer. Así, la acción del Consejo de Indias favoreció de manera involuntaria el nacimiento de *Don Quijote*”.⁶

No cabe la menor duda en torno de la honestidad de Cervantes. Cada uno de sus nuevos supervisores confirmó a Cervantes en el trabajo que él tenía. Tampoco debe caber la menor duda sobre su mala suerte. En 1602, por un corto período, Cervantes estuvo de nuevo en prisión, en Sevilla. En 1604, él decide trasladarse a Valladolid. El momento decisivo estaba *ad portas*: a principios de 1605 apareció la primera parte de *Don Quijote*. Sin embargo, su alegría ante el éxito instantáneo de su novela tuvo una vida corta. Una vez más, él se ve involucrado en asuntos policiales: un caballero, Gaspar de Ezpeleta, fue herido de muerte en un duelo a las puertas de la casa de Cervantes. La investigación confirmó que Cervantes y su familia no habían tenido nada que ver con este incidente—y, no obstante, la investigación también reveló que la hermana y la hija de Cervantes en cierto modo llevaban vidas irregulares, que además eran a menudo visitadas por hombres, y que de ellos recibían diversas dádivas.

El enorme éxito literario de Cervantes no fue causa de riqueza para él: su editor, al igual que varias editoriales piratas, fueron los que en realidad consiguieron los beneficios económicos de la obra. Ahora bien, esto habría de animar a Cervantes para que continuara escribiendo.

En 1606, la corte del rey Felipe III volvió a establecerse en Madrid, y Cervantes, junto con su familia, se trasladó también allí. Él quería estar en contacto con otros autores y se dedicó a identificar a editores nuevos, mientras que las mujeres de su casa, ocupadas con asuntos de costura y de diseño de modas, pasaban su tiempo en busca de clientes. Fueron relativamente serenos los últimos años de Miguel en Madrid. Con paciencia y con sabiduría, él logró sobreponerse a sus adversidades, al desdén expresado por famosos escritores como Lope de Vega—quien rara vez tuvo para Cervantes alguna palabra cordial— y a la tristeza de las crisis familiares: aunque casada, su hija Isabel de

⁵ Citado por Predmore, *op. cit.*, p. 138.

⁶ *Ibid.*

Saavedra pronto se convirtió en la amante de un acaudalado comerciante maduro. Cuando Cervantes intervino con el fin de prevenir el escándalo, su hija reaccionó de manera fuertemente hostil y dejó de visitar a su padre. Cervantes se entregó entonces a su trabajo. Ésta fue para él una época muy fructífera: ya al final de su vida, y teniendo la maestría absoluta de su talento, Cervantes produjo en rápida sucesión sus *Novelas ejemplares* (1613), la segunda parte de *Don Quijote* (1615), y, finalmente, su *Persiles y Sigismunda* (1617), novela donde la imaginación de Cervantes y su amor por la aventura alcanzarían una cima casi ilimitada. Cervantes tenía conciencia de que sus días estaban contados. Sufría de una enfermedad que para el momento fue diagnosticada como hidropesía—algunos biógrafos modernos piensan que se trataba de diabetes—y por ello estuvo obligado a permanecer en cama por largos períodos. Sin embargo, nunca pudo dejar de escribir hasta el último momento. A principios de abril de 1616, su médico le recomendó realizar un viaje a Esquivias, con la esperanza de que los aires rurales lo revitalizarían. El 19 abril, de regreso ya en Madrid, Cervantes se fatigaba todavía con las páginas finales de su *Persiles* y con el “Prólogo” a esa novela. En ese “Prólogo”, Cervantes describe cómo encuentra a un “estudiante pardal” durante el regreso de su reciente visita a Esquivias. El estudiante dice estar muy complacido de haberse encontrado con “¡el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las musas!”.⁷ Ambos cabalgaron juntos por un rato y la conversación vino a tocar el tema de la salud de Cervantes. El estudiante diagnostica que se trata de “hidropesía” y aconseja al enfermo que reduzca el consumo de líquidos. Cervantes responde: “Eso me han dicho muchos [...], pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si solo para eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida”.⁸ Él continúa ofreciendo descripciones de las reuniones con nuevos amigos y concluye con una despedida general: “¡Adiós gracias; adiós donaires; adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros prestos contentos en la otra vida!”.⁹

El 23 abril 1616 Cervantes habría de morir en paz consigo mismo y en paz con el mundo, habiendo recibido los últimos sacramentos, para luego ser enterrado en el convento de las monjas Trinitarias. Sin amargura y sin ninguna recriminación, Cervantes muere, pues llegó a estar completamente consciente de sus méritos—más bien, del hecho de su genialidad—, y se había dado cuenta de que sus creaciones literarias persistirían—ningún escritor puede esperar una mayor fuente de consuelo que ésta.

Desde una perspectiva objetiva, la vida de Cervantes no fue exitosa. Rara vez tuvo control de su propia vida; siempre fue demasiado pobre; y, durante muchos años careció del reconocimiento público. Sin embargo, como bien lo expresa Ángel del Río,

⁷ Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce. Madrid: Castalia, 1970, p. 48.

⁸ *Ibid.*, p. 48.

⁹ *Ibid.*, p. 49.

No hay razón alguna para lamentarse de los infortunios, ni de la mediocridad cotidiana en la vida de Cervantes. A través de una experiencia que pocas veces se obtiene cuando el escritor es exitoso y adinerado, Cervantes pudo así conocer, observar y sentir el latido de la vida española en su grandeza y en su pobreza, en su fantasía heroica y en la triste realidad de una decadencia inminente. Cervantes llegó a dejar en sus libros la imagen más fiel de esa vida, reflejada a través de múltiples perspectivas con agridulce ironía y con humor penetrante.¹⁰

Si algo nos enseña la biografía de Cervantes, eso tendría que ver con el hecho de que él estuvo al mismo tiempo *dentro* y *fuera* de las tendencias de la vida española. Como participante en el interior de esa vida, Cervantes peleó con valentía en la Batalla de Lepanto (1571) y escribió al menos dos libros exitosos, *Don Quijote* (1605, 1615) y las *Novelas ejemplares* (1613). Ciertamente, esta realización está más allá de los niveles de realización de la mayor parte de los hidalgos de clase media de su tiempo. Como individuo excluido, Cervantes siempre fue pobre—casi hasta el punto de ser un indigente—y con frecuencia fue encarcelado; le faltaron amigos influyentes en una sociedad donde nada podía ser hecho sin ese tipo de amigos y sin el auxilio del dinero; a menudo fue incapaz de proteger adecuadamente a los miembros femeninos de su familia; los críticos y los escritores prestigiosos de su tiempo no reconocieron la calidad de la obra de Cervantes; sus actuaciones como soldado y como miembro leal de la administración española fueron ignoradas—mientras que, por el contrario, cada una de sus menores transgresiones fue castigada con la mayor prontitud. Una persona completamente excluida se habría rebelado o habría ido muriendo en la depresión y en el silencio. Quien en aquella España hubiese sido sin más un participante favorecido por la suerte habría visto únicamente los aspectos más confortables de la vida española. Su destino, el de Cervantes—y lo que para nosotros fue una gran fortuna—, fue el hecho de que él hubiese visto ambos lados de esa vida. Como causa de su doble experiencia vital nació un retrato complejo de la sociedad española. Se trata de un retrato que incluye ironía y parodia, idealismo y crítica, realismo y fantasía. Fue un retrato tan rico y tan complejo que todavía nosotros mismos podemos vernos reflejados en él. Es esto lo que hace de Cervantes un autor clásico. Cervantes supo que la crítica sin amor crearía una imagen distorsionada, y que el amor sin crítica produciría una imagen laxa e imprecisa. Afortunadamente para él—y también para nosotros—Cervantes estuvo dotado de un gran ojo crítico y de un corazón compasivo.

Al llegar hasta aquí, para esta biografía de Cervantes parece necesaria una nota final al pie de página—tanto más cuanto la mayoría de sus biógrafos ha decidido ignorar o desatender este punto. Éste es incluso el caso de una de sus biografías, como la de Richard Predmore (1977).¹¹ Aunque se trata de un simple detalle, casi insignificante para el lector contemporáneo, este “detalle” tuvo la mayor de las significaciones para los individuos del Siglo de Oro en España: ¿fue Cervantes un “cristiano viejo”? En

¹⁰ *Historia de la literatura española*. 2 vols. Edición revisada. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963, Vol. I, p. 288.

¹¹ Una biografía de Cervantes, más reciente y muy bien documentada, es la de Jean Canavaggio. *Cervantes*. New York: W. W. Norton, 1990. (*N. del T.*)

otras palabras: ¿estamos seguros—¿y lo estuvo él mismo?—de que Cervantes no pertenecía a un familia de “cristianos nuevos”, a una familia de *conversos*, esto es, a una familia con algunos ancestros que fuesen judíos conversos? La inclinación irónica y crítica en la escritura de Cervantes, que tendría a Erasmo como fuente de esa tendencia, parece apuntar al ancestro *converso* del escritor de *Don Quijote*. A pesar de la falta de pruebas documentales, varios de los mejores hispanistas modernos, como Américo Castro y como Stephen Gilman, entre otros, tienden a sostener la idea de que Cervantes venía de una familia de *conversos*. Gilman asegura:

Salvador de Madariaga fue el primero que acuñó de manera impresa una sospecha: por una parte, los lectores contemporáneos de Cervantes habrían percibido la mofa constante de él hacia los asuntos del linaje—no sólo en el *Retablo de las maravillas*, sino también en el *Persiles* y en *Don Quijote*—, y, por otra parte, esos mismos lectores se habrían divertido indirecta y fugazmente con dicha mofa ... De aquí en adelante, el libro de Américo Castro, *Cervantes y los casticismos* (Madrid, 1966) trajo más información a la palestra ... La presencia de al menos cinco médicos en la familia más próxima a Cervantes habrá de parecer como un dato de la más alta significación para aquéllos que están familiarizados con la historia social de ese tiempo.¹²

Sobre este tema, acaso nunca podremos alcanza una certeza absoluta. Si estas sospechas se confirmaran, ellas ayudarían a dar razón de la desatención burocrática hacia Cervantes, de su fracaso en el intento de conseguir cierto estatus social, y de su cosmovisión irónica. Sea como fuere, él fue un “hombre marginal” o un “hombre fronterizo”, para expresarlo con el cliché de los sociólogos, y la obra de Cervantes testimonia el hecho de esa marginalidad. Por supuesto, con frecuencia, un “hombre fronterizo” se convierte en humorista—cuando ello es del todo posible, y si la amargura o la depresión no interfieren. El caso fue que la depresión y la amargura no interfirieron en sus metas. La cosmovisión alegre de Cervantes trascendió cada una de sus crisis personales, cada una de sus frustraciones. Su fuerte carcajada y su irónica sonrisa todavía pueden ayudarnos a que también nosotros cumplamos con esas mismas metas.

¹² *The Spain of Fernando de Rojas: The Intellectual and Social Landscape of La Celestina*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1972, p. 20.

La España de Cervantes*

Casi por definición, un escritor es un tipo especial de hombre, más individualista que todos sus demás congéneres. Y, no obstante, el escritor es asimismo un ser humano instalado en su época, nacido y educado en un tiempo muy preciso y en un espacio también muy preciso. La España de Cervantes se muestra, directa o indirectamente, en cada una de las páginas que él escribió, incluso en aquéllas escritas por él con el propósito expreso de escapar a sus propias circunstancias.

Cervantes conoció la España de Carlos V, un territorio en el cenit de su gloria y de su influencia. España era líder de Europa bajo un emperador amante de la cultura, que peleaba a la vanguardia de sus propios ejércitos como un valiente guerrero, y que estaba dotado de una visión quijotesca sobre su papel como defensor de la fe y de la unidad de Europa. Cervantes también vivió bajo el reinado de Felipe II, un burócrata precavido que gobernó su vasto imperio a través de regulaciones escritas y de intrigas. Por último, Cervantes escribió la mayor parte de sus obras maestras durante la monarquía de Felipe III, en un momento cuando empezaban a aparecer los síntomas inequívocos de la decadencia económica, militar y política del poderoso imperio español.

La España de Carlos V (1516 -1556) era un territorio que estaba convencido de su papel particular en la historia y de su destino único. En aquellos momentos, nada era o nada parecía imposible para los españoles. Bajo Fernando e Isabel, habían conseguido los españoles la unidad política de los pueblos de Castilla, de las regiones de Cataluña y de Valencia—en los bordes marítimos orientales—y asimismo habían establecido posiciones en el sur—en tierras del Islam. Con excepción de Portugal, la totalidad de la península llegó a convertirse en una unidad bajo la corona castellana y, en nombre de Castilla, Colón y los exploradores que lo siguieron habrían de tomar posesión de casi la mitad del mundo.

Cada año iba trayendo nuevas noticias sobre los descubrimientos más recientes y sobre las conquistas más atrevidas. Aunque Carlos V no había nacido en España, tan pronto como llegó a Castilla, y siendo todavía un hombre joven, su hispanización fue del todo completa. Por ello, este rey soñaba con darle una nueva forma a Europa según trazos españoles. Una cruzada se hacía entonces necesaria—o, más precisamente, dos cruzadas—, una en contra de los moros, por una parte, y una segunda cruzada, por otra, en contra de los protestantes y de todas las fuerzas en Europa central que se empeñaban en no reconocer la supremacía del Emperador. Si otros territorios como Francia o Inglaterra trataban temerariamente de intervenir, igualmente ellos tendrían que enfrentar la guerra: era ésta la voluntad de Dios y era éste el destino España.

* El original inglés de estas páginas apareció bajo el título “Cervantes’ Spain”, en: Durán, Manuel. *Cervantes*. New York: Twayne, pp. 13-20.

La política y la religión estaban íntimamente ligadas en la España de Carlos V. Tuvieron una infortunada consecuencia los planes ambiciosos requeridos por España en su enorme inversión tanto de energía humana como de oro: el reino que estuvo a punto de una prosperidad real, progresivamente fue empobreciéndose. Muchos españoles abandonaron sus caseríos y sus pueblos para irse a combatir al extranjero o para instalarse en las tierras recientemente descubiertas. La inflación se aceleraba. España requería del oro de los banqueros alemanes y genoveses, y por esta razón la deuda nacional alcanzó cifras descomunales. Ahora bien, el sueño de Carlos V no murió fácilmente. A pesar de los problemas constantes en Alemania, y a pesar de la expansión del protestantismo, el sueño persistía. Hubo victorias ganadas; hubo nuevos ejércitos organizados; hubo más oro que fue encontrado y más oro que fue gastado. Parecía no haber fin para el conflicto. En favor de la idea gloriosa de una Europa unida, bajo un solo emperador y que rindiese culto a un único Dios a partir de una sola doctrina y de una única teología, España sacrificó todo: posibilidades de progreso económico, posibilidades de reconciliar a sus propios disidentes, posibilidades de llegar a convertirse en un territorio moderno en relación con el desarrollo científico. Inspirado por teólogos españoles e impuesto por la corona española sobre un Papa renuente, y junto con la fundación en 1540 de la orden religiosa de los Jesuitas, el Concilio de Trento fue la respuesta de España a la creciente anarquía religiosa.

El sueño no murió bajo Felipe II (1556 -1598). Esto significó, no obstante, entrar en guerra contra Francia—la que, en Italia, invadió dominios españoles—y contra el Papa Paulo IV, que por un tiempo se convirtió en aliado de Francia. Esto también significó luchar contra los moros y contra los turcos, quienes en 1571 fueron abatidos por completo en la Batalla de Lepanto. Esto implicó igualmente luchar contra los neerlandeses, quienes desde 1566 en adelante habían llegado a ser los enemigos más obstinados de Felipe II. La guerra constante y sin fin en Flandes y en Holanda fue, más que ningún otro, el evento que minó y debilitó la fortaleza de España. Algo favorable también tuvo lugar: temporalmente Portugal fue parte de España, y con Portugal un nuevo y vasto territorio de ultramar fue anexado. Nuevas tierras fueron descubiertas y fueron conquistadas, mientras las colonias americanas crecían más y mejor en prosperidad y en organización. Así, gigantescas cantidades de plata y de oro ingresaban en España, con el único fin de ser gastadas en las prolongadas guerras de este período.

En parte por ser una cruzada, y en parte por razones de expansión dinástica, asimismo España estuvo tan profundamente comprometida con el juego de la religión y el de la política internacional como para llegar a permitirse la retirada de ese mismo juego. Sin embargo, para los inicios del siglo XVII, la voluntad española habría de estar exhausta: realmente demasiadas guerras, realmente demasiados continentes para conquistar y para organizar, realmente demasiados cambios en el horizonte intelectual para ser comprendidos y para ser asimilados. De esta manera, y con clara uniformidad, España se plegó hacia sí misma. En 1559, Felipe II les había prohibido a los españoles estudiar en universidades extranjeras y había incrementado la vigilancia en las fronteras del reino con el ánimo de prevenir el ingreso de libros peligrosos. Esto supuso un período

de cierto aislamiento. Se trató de la “Cortina Barroca” de la propia España. Ésta consistía en trazar una línea clara entre España y el resto de Europa. Sin duda, es cierto que muchos libros impresos en el extranjero consiguieron ingresar a tierras de España, a pesar de todas las precauciones tomadas, y es igualmente cierto que las relaciones culturales de España con Italia nunca se interrumpieron. Sin embargo, los efectos debilitadores de esta actitud retrógrada y conservadora hubieron de poner en peligro por muchas generaciones el desarrollo de España, muy en especial en los campos de la ciencia.

“Espaciosa y triste España”.¹³ Son éstas las palabras de un gran poeta español del Siglo de Oro: Fray Luis de León. Un sentimiento de vastedad, de espacio vacío, es a menudo registrado por viajeros extranjeros que visitaron Castilla durante este período en la vida de Cervantes. Las comunicaciones eran difíciles, pues España no disponía de ríos navegables y casi no existían canales construidos, y, por esta razón, todo debía ser transportado en carretas o acarreado sobre lomo de mulas. En efecto, las comunicaciones eran el talón de Aquiles del imperio español. Los navíos eran lentos y a menudo no alcanzaban sus destinos, ya porque fuesen capturados por piratas, ya porque fuesen destruidos por tormentas. El imperio todo era como una gigantesca máquina construida con pedazos heterogéneos, pesada y parsimoniosa: dicha máquina, de esta manera, empequeñecía a los pocos hombres que estuviesen encadenados a ella y, al mismo tiempo, esa misma máquina emitía extraños sonidos metálicos; ninguna de las partes de la máquina estaba engranada correctamente con las otras; y, por estas razones, ella parecía estar al borde de la parálisis. No obstante, la máquina continuaba funcionando, porque en su centro mismo existía un sueño, y este sueño no habría de morir.

El sueño era un bello sueño: el mundo, por fin, habría de ser uno, con un único monarca y con un único Dios. El pasado no debía perecer, porque él podría ser integrado de manera armoniosa con el presente. La Edad Media había conseguido algunas realizaciones espirituales que podían—y que debían—ser combinadas con la nueva visión renacentista. Al conferir preeminencia a los valores religiosos y nacionales, es necesario notar que la España del Siglo de Oro no rechazó de plano ni las ideas humanistas del Renacimiento, ni veía ningún tipo de incompatibilidad entre aquellos valores y estas ideas. Muy por el contrario. La poesía y el arte hubieron de poner una atención siempre creciente en los valores terrenales, en la naturaleza y en el hombre individual; las formas artísticas hubieron de cultivarse en las artes casi en razón del arte por sí mismo y de las formas por sí mismas; y el platonismo y otras maneras de humanismo pudieron infiltrarse en la literatura española. Si el producto final terminó siendo algo diferente a lo que nosotros encontramos en otras literaturas, esto se debió quizás al hecho de que el humanismo español se impregnó de una muy peculiar característica española, dejando de lado el talante predominantemente pagano de esas literaturas—fue ese talante pagano el que predominó en el humanismo italiano—, para así llegar a yuxtaponerse y a fusionarse con los fundamentos de las

¹³ Fray Luis de León. “Profecía del Tajo”, *Oda VII*. (N. del T.)

actitudes medievales. Ocurrió algo muy similar, de manera análoga, en la arquitectura: algunas iglesias del Renacimiento fueron construidas sobre fundamentos que todavía eran góticos y en esas iglesias se hizo un cierto uso de la decoración gótica. La total libertad de investigación y el naturalismo científico fue lo que repudió la España de Felipe II, y al mismo tiempo, en razón de este repudio, España se separó de la mayoría de los otros países europeos, incluidos aquellos países católicos como Francia e Italia. Buena parte de los eclesiásticos españoles, así como no pocos de los líderes intelectuales de España, pensaban que todo lo que se distanciara radicalmente de la ortodoxia, y que por esta razón ponía en peligro esa ortodoxia, era una amenaza a la unidad nacional recientemente creada y podría hacer caer a España en eternas luchas religiosas. Por cierto, éste fue el caso en Francia y en Alemania, y las guerras religiosas más adelante habrían de destruir a Alemania en el siglo XVII. Bajo una única condición nuevas ideas fueron aceptadas: esas ideas tenían que armonizar con los lineamientos centrales del dogma. Ahora bien, por supuesto, ciertos campos de la creación fueron menos susceptibles a ser censurados, porque su naturaleza no era intrínsecamente ideológica, o porque en cualquier caso esos campos de creación únicamente podían encarnar un número limitado de ideas. Ejemplos de campos libres para la creación fueron el estilo, así como todas las formas de las artes de la ilusión. En estos campos existió una perfecta libertad para el alma española, y, allí, ella pudo expresarse a sí misma en toda su complejidad y en todo su poder.

Los españoles del Siglo de Oro, y más precisamente los de la segunda mitad del siglo XVI—el período durante el cual Cervantes creció y se desarrolló como artista—, parecían estar debatiéndose entre dos direcciones opuestas: por una parte, el espiritualismo religioso extremo de los místicos, y por otra, la extrema mundanidad de los pícaros. Puede decirse que la picaresca es un misticismo de signo inverso o de valencia negativa, y que se prolonga en una crítica total de los valores. Sólo muy raras veces, y únicamente en ciertos momentos privilegiados, el místico le habla a Dios. El pícaro, a su turno, realmente no se comunica, porque no confía en nadie. Es verdad que el pícaro puede hablar, pero lo hace solamente para mentir o para enmascarar sus intenciones. Debatiéndose entre esas dos direcciones opuestas, como si la halaran las cuerdas de un invisible potro de tortura, el alma española se mantenía tensa, tan elegante en su dolor como lo están algunos de los mártires y de los ascetas pintados por el Greco. Misterio, magia, irracionalismo, fe en los milagros, en lo sobrenatural y en la constante presencia de Dios, explican gran parte de las actitudes irracionales de aquel entonces. Por cierto, conviene no olvidar que ninguna cultura nacional de esa época, ni siquiera incluso la cultura neerlandesa, se desarrolló con una total integración de lineamientos puramente racionales: la superstición y la intolerancia eran la norma—no eran la excepción—a lo largo y a lo ancho de Europa. Y, así, brujas y herejes fueron perseguidos y condenados a morir, tanto en Alemania y en Massachusetts, como lo fueron en España.

Un aire de irrealidad se infiltró en algunos aspectos de la vida española. Felipe II envió la poderosa flota española contra Inglaterra sin elaborar ningún tipo de plan, confiando

en conseguir una posible victoria por medio del desembarco de un ejército español. El ejército estaba acampando en Flandes, pero aun cuando se hubiese evitado la guerra en contra de los neerlandeses, al ejército no se le proveyó con ningún tipo de transporte. Únicamente un milagro podría revertir la marea: Felipe, la gran espada de Dios, ¿no merecía un milagro así? Más tarde, cuando la situación empeoró, un grupo de *arbitristas*—esto es, de conciliadores, o de promotores de respuestas—vinieron al rescate: todos los demonios que atormentaban a España serían exorcizados bajo la única condición de que el gobierno siguiera, según los arbitristas, una simple fórmula para el éxito. Cervantes describe a uno de esos pobres personajes—pobres tanto en dinero como en suerte, aunque ciertamente ricos en imaginación. Ese arbitrista defiende la idea de que el rey podría liquidar todas sus deudas si los españoles ayunaban durante simplemente un mes y procedían a donarle a la corona el dinero que, de otro modo, ellos hubiesen gastado en comida. Este promotor de respuestas nos hace recordar a otro promotor: para éste, si tan sólo el canal inglés fuera drenado—¡gracias a numerosas y gigantescas esponjas traídas con facilidad desde el Oriente!—, las tropas españolas podrían tener acceso fácil a territorio de Inglaterra. La situación estaba tan llena de paradojas que era imposible no vivir en la frustración: en tierra, los ejércitos españoles aún eran invencibles—si bien ellos no habían podido asestar todavía un golpe decisivo a los enemigos de España; y, en todo caso, los galeones españoles continuaban trayendo oro y plata. Esto último, tan sólo causaba el crecimiento de la inflación y producía el estancamiento de la industria, pues el oro les permitía los españoles importar artículos de otros países, artículos que España misma podría haber manufacturado.

No obstante, como es usual, las generalizaciones son desorientadoras. Es imposible hablar de *una* sociedad española: muchos grupos y muchos subgrupos competían por espacio, por poder, por felicidad. La vida en Madrid o la vida en Sevilla eran radicalmente diferentes de la vida en los caseríos somnolientos en el sur de Castilla. España había conseguido intangibles bienes que habrían de permanecer por largo tiempo, a saber, un sentido de la cohesión, metas comunes, y sobre todo la esperanza en que grandes acciones podían ser realizadas todavía. En otras palabras: en España existían un sentido de la grandeza y de la dignidad, un sentido de la solidaridad nacional, y un sentido para aceptar el sacrificio en aras de una causa común. Aun cuando los soldados españoles renegaban, ellos sin embargo continuaban luchando. Los barcos españoles navegaban sobre todos los mares y, con frecuencia, traían de regreso a España especias y comidas exóticas originadas en ultramar. El horizonte geográfico e intelectual se había ampliado, porque en España aconteció la combinación de dos elementos: por un lado, el Renacimiento, y la conquista de un vasto imperio, por otro.

Es verdad que las tensiones sociales a menudo fueron insoportables. Nobles de alto rango y dignatarios eclesiásticos podían vivir vidas ricas y complejas, armonizando la acción y la meditación, en el interior de suntuosos espacios cerrados y con la ayuda de un ejército de sirvientes. Ahora bien, para los nobles de baja alcurnia, la vida era

menos dadivosa. Hay ejemplos de ello en el *Lazarillo de Tormes*: para esos nobles, la necesidad de ceder espacio a otros dentro del “orden social de las miradas” los obligó a abandonar su pueblo de origen y a cambiar el lugar de su residencia. Otros encontraron profesiones o trabajos humildes—que por cierto no gozaban de gran estima social—, y otros tantos fueron muriendo mientras trataban de mantener su dignidad. Aun cuando no todo puesto oficial requería de un permiso, el cual le fue negado a Cervantes—y hasta hoy no sabemos exactamente el porqué de esta negativa—, existía todavía un escape posible: emigrar a las colonias, muy en especial a las nuevas tierras de América. En ciertos oscuros rincones la vida continuaba, con sus peligros y también con sus logros. Por ser un lugar lejano de España, las colonias fueron un buen puerto para burócratas, para aventureros y para comerciantes errantes. Mientras esta puerta estuvo abierta o estuvo entornada, las tensiones sociales pudieron tener cierto límite, y asimismo hubo aún esperanza de aventura, de riqueza y de fama en relación con el futuro deseado por la mayoría de los españoles.

La más importante y la más propia característica del Siglo de Oro en España fue quizá el íntimo entrelazamiento entre la Iglesia y el Estado. Todas las artes—arquitectura, pintura, escultura, música—hubieron de abrazar un común denominador: la expresión del hombre en cuanto ser espiritual, quien anhela profundamente y sin descanso la gracia de Dios y quien tiene conciencia de que existe una segunda vida más elevada después de la muerte del cuerpo. El pecado y la culpa estaban en todas partes, pero también en todas partes estaban la gracia y la posibilidad de la salvación. Un contumaz pecador como Lope de Vega pudo escribir también los poemas más apasionados y más sinceramente religiosos. Acaso Cervantes fuera la excepción que confirma la regla: él fue más profano que la mayoría de sus contemporáneos, sin que por ello se distanciara radicalmente ni de la actitud, ni de las creencias de su propio tiempo. La fe de Cervantes fue probablemente tan fuerte como la de sus contemporáneos, aunque no hubiese sido tan teatral.

El imperio español era tan vasto y tan extenso como para no poseer un centro geográfico y espiritual. Lo tuvo bajo el reinado de Felipe II: con este rey, de ahora en adelante y salvo pocos intervalos, la corte residiría en Madrid y ella, por el simple deseo real, llegó así a convertirse en capital y en centro administrativo. Capital y centro se levantaron sobre una planicie semiárida, pero que estaba localizada casi en el centro geográfico de toda la península. El Escorial, ese vasto palacio que a la vez sería iglesia y mausoleo, donde el rey habría de retirarse para escribir sus innumerables cartas y sus innumerables memoranda—allí también, pidiendo el auxilio de Dios, el rey oraba por la ejecución exitosa de sus vastos planes—, se convirtió en ciudadela sagrada, en la ciudad de Dios sobre la meseta española.

Un lector moderno y desprevenido podría concluir que tal vez la vida en la España del Siglo de Oro fue algo severo, e incluso desolado. Ese lector estaría, realmente, muy alejado de la verdad. Es cierto que las clases altas españolas estaban demasiado acostumbradas al juego de la simulación: como en una obra dramática, ellas tenían

que “actuar” sus correspondientes “parlamentos” de nobleza—y esto las privaba de espontaneidad. Pero incluso para esas clases altas, la vida privada estaba colmada con ricos beneficios. La vida pública era un espectáculo: ceremonias eclesiásticas, asambleas cortesanas, así como el trabajo y la responsabilidad que supone el poder. El teatro era una huida: los españoles de todas las clases sociales “bebían” teatro como si fuese un licor, o lo “consumían” como si fuese una droga. El teatro consistía en arte, en entretenimiento, en representaciones rituales de los mitos y de las convenciones socialmente aceptadas, y todo esto era entregado en un paquete envuelto con el mayor *glamour*. El teatro y la iglesia fueron el espacio común para todas las clases sociales, al igual que lo fueron las nuevas y bellas plazas barrocas, construidas casi a modo de escenarios teatrales en el centro de las ciudades, y donde todas las personas podían pasear, comprar, conversar entre sí, observar los desfiles religiosos o profanos, o tomar parte en ellos, ser vistos por los demás, coquetear con damas no comprometidas, robar el bolsillo de alguien cuando uno era un pícaro, escuchar las campanas de la iglesia, o bien ser testigo de una ejecución pública o de un *auto de fe*.

Puede ser también cierto, en aquel momento, al igual que ahora, que las clases bajas eran menos inhibidas en relación con sus maneras de divertirse y con su vida amorosa. En ciudades como Sevilla, por ejemplo, una ciudad floreciente del siglo XVI, enriquecida gracias al comercio trasatlántico, los pícaros eran dueños y señores de secciones completas de la ciudad: la corrupción era un modo de vida, el dinero circulaba, y la vida nocturna era brillante y animada. Cervantes quiso mucho a Sevilla y a sus habitantes: él era consciente de la pequeñez y de la crueldad tanto de la policía como del sistema jurídico, y estaba dispuesto a estar más del lado de los transgresores que del lado de los defensores de la ley. En cualquier caso, Cervantes pudo haber encontrado que los criminales eran más espontáneos, más sinceros y más amistosos que las personas con las que él tenía que vérselas la mayor parte del tiempo, es decir, con los miembros ortodoxos de la clase media, con los nobles venidos a menos y con los burócratas. En referencia a los escritores, a los poetas y a los dramaturgos, estos proliferaban en todas las ciudades, en todos los pueblos e incluso en todos los caseríos: la imprenta había creado un nuevo grupo de lectores y de escritores; la erudición se incrementaba; y el número de poetas y de dramaturgos nunca antes había llegado a ser tan grande. En los inicios del siglo XVI, una fuerte corriente de doctrinas platónicas hubo de inspirar a la generación de intelectuales españoles, a la par que una reacción aristotélica tuvo lugar, causando un importante resultado en el campo de la filosofía escolástica e influyendo sobre la mayoría de los críticos responsables de los estudios literarios. Favorable a un individualismo religioso que no estaba exento de vínculos con la reforma protestante, la influencia de Erasmo fue de importancia en un principio, pero después de algunos años empezó a declinar dramáticamente. No obstante, es probable que Cervantes fuera consciente del fermento intelectual creado por esta influencia erasmiana y que, además, compartiera algunos—si bien no todos—los objetivos de Erasmo. Entre sus objetivos cabe recordar un espíritu de conciliación y de sentido común, un amor por la ironía, una fe cristiana vivida en la intimidad del fuero interior, y el desinterés por la pompa y por las ceremonias exteriores. Platón y Erasmo

no eran las únicas influencias heterodoxas operantes: la España exterior era una región gobernada por un monarca absoluto. Y, sin embargo, a pesar de esto, si se observa con detalle el entramado de España, ese entramado dejaba ver los últimos vestigios de la cultura morisca y de la cultura mora—que no habían desaparecido completamente. Además, el carácter independiente de las provincias de España—los catalanes, los vascos, los andaluces—no cejaban en sus esfuerzos en contra de la uniformidad oficial. Por último, si alguien estaba deseoso de experimentar una atmósfera más exótica, era posible viajar a Italia o a varias partes de Europa sin tener que renunciar a la autoridad y a la influencia de la corona española. La vida podía ser alegre y divertida; y era posible encontrar libertad, o bien aceptando de todo corazón las verdades oficiales, o bien refugiándose en la intimidad de los propios pensamientos, en la intimidad de la familia, y en la intimidad de un grupo cercano de amigos. A pesar de su ironía, de su crítica, y de sus reservas, Cervantes nunca le dio la espalda al país que le había dado la vida, la educación y la experiencia. Cervantes fue parte de la España del Siglo de Oro y él mismo se encargó de expresar las sutiles complejidades y las contradicciones de esa misma España.